

Los CAZACASTORES

Tierra del Fuego está plagada de castores. Llegaron desde Canadá y nadie los quiere porque desvían el curso de las aguas con sus represas e inundan los pastizales. Una pareja de biólogos se fue a cazarlos en una casa rodante.

Por Daniela González / Fotografía: Rodrigo Chodil



Los biólogos Derek Corcoran (29) y Giorgia Graells (29) cazan castores en diferentes paisajes de Tierra del Fuego para estudiar cómo se comportan estos animales.





La radio a cuerda toca rancheras y un locutor dice que hay cuatro grados esta noche en Tierra del Fuego. La casa rodante, sin embargo, está temperada porque acabamos de encender la cocinilla para calentar agua. Agua sacada del riachuelo que está a una media cuadra.

Una sola vela prendida ilumina todo acá dentro. La mesita, las cortinas a cuadros negros y rojos, el camarote y las caras de los biólogos Derek Corcoran (29) y Giorgia Graells (29).

Me están hablando de los castores que ellos cazan y estudian. De que estos mamíferos trabajan de noche y que salen del agua con el pelaje estilando, y se van a pastar y a buscar palos para sacarles la corteza con sus dientes inmensos y sus manos diminutas. Que entran y salen de su madriguera para armar la represa, tallar palos, nadar con la cabeza afuera. Que no son de Chile, sino de Canadá, que alguien los trajo hace medio siglo y se convirtieron en una plaga en Tierra del Fuego, donde son detestados.

Entonces, voy imaginándolos. Voy aprendiendo que los castores son capaces de convertir un mínimo riachuelo en una enorme piscina que refleja las nubes. Que se quedan en su castorera unos 18 años: el castor, la castora y los tres o cuatro hijos que tienen anualmente. Que apenas las crías cumplen dos años se van a construir su propia casa y a tener sus propios hijos.

Derek y Giorgia son buenos para conversar. Me dicen que en el

día los castores casi no se ven, pero que se sienten. Se les escucha tirarse piqueros, se notan sus huellas en la tierra mojada, se ven sus diques y las matas cortadas con sus dientes.

Los castores tienen a Tierra del Fuego llena de represas hechas de palos tallados, como piletas naturales, hermosas. Aquí, los detestan porque se instalan donde se les antoja e inundan pastizales, desvían los cursos de los ríos y dificultan que el agua llegue a una estancia. O se comen los cercos o se instalan donde alguien planeaba llevar a sus animales. Y eso, a la mayoría de los ovejeros no les gusta nada.

Ahora, en su segunda venida, están felices con su casa rodante. El viento la golpea un poco en esta noche clara. Afuera, se ve nítida la Cruz del Sur. Afuera el aire parece que tuviera sabor de lo limpio que es. Afuera, los castores están trabajando.

Los biólogos

Derek y Giorgia se conocieron cuando él hizo en la Universidad Católica su doctorado en Ciencias Biológicas. Ambos son biólogos y ella trabajaba en proyectos en la facultad.

Derek vivió de niño en Punta Arenas y cruzaba a Tierra del Fuego los veranos. Su infancia fue con ovejas esquiladas, noches cortas en verano y largas en invierno, vacas peludas, estepa magallánica y árboles sin flores en primavera. Era un lector inagotable y hacía atletismo. Tenía demasiada energía para gastar.

Le gustaba conversar.

Giorgia, santiaguina, fue una niña que trepaba a cuanto árbol podía. Le gustaba sentir que estaba perdida en el campo al que iba con su familia y explorarlo. Le gustaba hacer pipí al aire libre. Le gustaba conversar.

Ambos son unos conocedores incansables. Y amables, muy amables; dicen “gracias” por todo. Son curiosos, les fascina hablar de qué hace ser a un animal como es. Se divierten entre ellos, recuerdan historias chistosas y se preguntan qué diablos motiva a un castor a tirarse al mar e irse a poblar otra isla, si acaso son animales tan inteligentes como parecen o aprenden por pura imitación a hacer represas. Pueden estar horas tratando de encontrar respuestas mientras recorren la pampa magallánica.

En su casa rodante tienen libros de la historia de unos antropólogos que decidieron hacer canoas con pieles como los yaganes, para entender cómo vivían. Tienen *El libro del cazador*, *El origen de las especies*, *La flora y las aves de la Patagonia*, *Manual de sobrevivencia y cartilla para cazadores*.

Cuando no están en Tierra del Fuego cazando castores, están en Punta Arenas o Santiago estudiando y dando cursos sobre

cómo hacer medicamentos naturales.

Quieren determinar cuál es el mecanismo que permite que el castor viva tan bien acá, para la tesis doctoral de Derek. Luego, esperan, publicarán sus resultados en alguna revista académica. Pero eso vendrá después. Ahora, esta mañana, cuando son las siete apenas y el sol pega como si fuera mediodía, lo que importa es ver si las trampas que pusimos ayer en la tarde tienen algún castor atrapado.

Así que vamos a revisarlas.

La investigación

Y no, no tienen ninguno.

Si es difícil ver castores, es más difícil cazarlos. Aunque haya muchos en todos lados, se escabullen y se dejan ver tan poco que, para cazarlos, hay que saber bien cómo se comportan, porque las trampas se ponen en los senderos que usan para irse a pastar en la noche. Hay que estudiarlos bien, conocer por dónde andan, qué palo están tallando. No se les puede tentar con comida para cazarlos, porque se alimentan de pasto y corteza y eso está en todos lados.

LA VIDA DE LAS ESTANCIAS EN TIERRA DEL FUEGO ES AISLADA. LOS TRABAJADORES SUELEN DEJAR A SUS MUJERES EN PUNTA ARENAS Y SE VAN A CUIDAR OVEJAS POR COMIDA, ALOJAMIENTO Y 200 MIL PESOS MENSUALES. LA SEÑAL DE CELULAR LLEGA SÓLO A LOS POBLADOS, Y EL CORREO PASA DOS VECES POR SEMANA.



A Derek y a Giorgia se les nota en la cara la frustración.

–Silencio, mira.

De repente, a lo lejos, un castor enorme y café, en pleno día, está sentado sobre sus patas, con la cola apoyada, y tiene algo en sus pequeñas manos. No se alcanza a ver qué es. Nos acercamos y en un segundo ya no está. Esto fue suerte.

Miro el Estrecho de Magallanes, siento la lluvia delgada que comienza a caer y se escucha un animal muy cerca. Giorgia me dice que es el sonido de un zorro.

De vuelta a la casa, un rebaño de ovejas pasa por el camino. Un estanciero en su caballo las va empujando desde atrás y un perro ovejero las guía desde adelante. Las ovejas nos rodean y nos quedamos en el medio, viéndolas cómo se asustan y arrancan de nosotros sin mirarnos.

En la hora de almuerzo comemos restos de un cordero que asamos anoche en una fogata. La carne la trajo de regalo un estanciero. Ahora hablamos de que los castores no son ningunos santos y los biólogos me explican que, en Tierra del Fuego, existen tres tipos de paisajes: bosque, matorral y estepa. “En el bosque los daños al ecosistema están claros, porque cuando los castores dejan botada una represa, con los años se transforma en un barrial donde las semillas que caen de los árboles se quedan atrapadas y el bosque no se sigue reproduciendo como debería”, me dice Derek.

En Canadá, en cambio, los castores no hacen daño; por algo son de allá. En esos bosques hay muchos álamos que se reproducen de forma vegetativa: allá cae una rama en el barrial que dejó la castorera y el árbol crece igual.

En Tierra del Fuego no hay álamos y las piletas de los castores dejan árboles ahogados al medio. En la estepa y el matorral, los daños al ecosistema no han sido estudiados. Eso precisamente están haciendo los biólogos.

Necesitan tener cierta cantidad de castores –ojalá unos 300– e identificar ciertos patrones. Cuando tienen un castor muerto, pueden obtener muchos



LOS CASTORES SON HÁBILES Y ARISCOS. NO LES GUSTAN LOS HUMANOS Y GOLPEAN EL AGUA CON LA COLA PARA AVISAR QUE HAY EXTRAÑOS. CUANDO OSCURECE SALEN A NADAR. LO HACEN EN LÍNEA RECTA, DE UN EXTREMO A OTRO. PARA MARCAR SU CASTORERA DEJAN UN LÍQUIDO TORNASOL MUY FÁCIL DE VER EN EL DÍA. CUANDO SE VE ESE COLOR EN ALGUNAS PARTES DEL AGUA, ES PORQUE HAY CASTORES AHÍ.

datos. Les sacan las muelas para saber la edad, que queda registrada en unos anillos. Si son castoras, pueden sacarles el útero para saber cuánto han parido. Los miden, los pesan. Luego se comen al roedor. Dicen que su carne es exquisita.

Los biólogos también idearon una encuesta que están recién aplicando a los estancieros y trabajadores para que valoren en plata las pérdidas que les han ocasionado los castores. Todavía no pueden concluir nada, pero sospe-

chan que los campesinos –por molestos que estén con los castores– hacen poco por cazarlos.

Probablemente porque es un trabajo difícil, que requiere tiempo y dedicación, y en Tierra del Fuego hay suficiente ganado que cuidar. Sobre todo si comercializar sus pieles y carne ya no es lucrativo como lo fue cuando llegaron a la isla. Ahora es más fácil ir al pueblo, a Porvenir, y comprar carne y ropa en una tienda.



“PARA CAZAR BIEN JUGAMOS A SER UN CASTOR”, DICEN LOS BIÓLOGOS. TRATAN DE PENSAR COMO CASTOR, POR DÓNDE SUBIRÍA, POR DÓNDE SALDRÍA, QUÉ ÁRBOL ESTÁ TRABAJANDO. “ATRAPAR A UN CASTOR ES FASCINANTE. ES UN TRABAJO FÍSICO PERO TAMBIÉN INTELECTUAL”, DICE DEREK.



La plaga

En Tierra del Fuego hay más castores que personas, se calcula que deben ser unos 90 mil. Hubo un tiempo en que el Servicio Agrícola Ganadero pagaba entre cinco y siete mil pesos por cola de castor para incentivar la caza, además de enseñar a atraparlos y repartir trampas. Hasta que se terminó la plata del proyecto, y con eso el pago por cola.

Los castores llegaron a la parte argentina de Tierra del Fuego en 1946. Soltaron 25 parejas que no pararon de reproducirse. Nicolás Soto, encargado regional de la División de Protección de los Recursos Naturales Renovables del SAG de Magallanes, dice que la especie ha colonizado la isla y que hace 16 años cruzó al continente. La caza del castor es legal no sólo en Tierra del Fuego, sino donde se le pille en Chile, porque la ley reconoce a esta especie como perjudicial o dañina. El SAG en Magallanes trabaja desde hace rato en el tema. Entre 2004 y 2007 se extrajeron más de 14 mil castores y tienen nuevos proyectos para contener el avance de la especie.



ÉSTE ES EL SEGUNDO TERRENO DE LA INVESTIGACIÓN QUE DEREK Y GIORGIA ESTÁN LLEVANDO A CABO Y LES QUEDAN TRES MÁS. EN CADA IDA PASAN 45 DÍAS EN TIERRA DEL FUEGO Y CAZAN CASTORES EN DIFERENTES PAISAJES DE LA ZONA, PARA LUEGO PODER DIFERENCIAR CÓMO SE COMPORTAN LOS ANIMALES EN EL BOSQUE, LA ESTEPA Y EL MATORRAL.

Magallanes

La casa rodante está en la estepa, por eso ayer en la tarde fuimos a conocer el bosque. Estuvimos en Timaukel, la comuna más austral de Chile, ya prácticamente al fin del mundo. Pasamos por Camerón, la capital de la comuna, y se podía ver el pueblo entero de una sola pasada. Timaukel entero tiene menos de 500 habitantes.

El bosque magallánico es de árboles grises y de agua negra. Negra, porque tiene taninos, una sustancia que también tiene el vino tinto. Vimos enormes represas de castores y los biólogos me mostraron árboles que en su tronco, al medio, tenían tremendas mordidas, como si fueran una manzana mascada. Mientras nos metíamos bosque arriba, saltando cercos, un guanaco nos miraba desde lejos.

Esta mañana los biólogos irán a revisar las trampas de nuevo. Cada mañana hacen lo mismo. “Es parte de la moral de un buen cazador”, me dice Derek. Claro, porque hay un tipo de trampas de metal que matan de inmediato a los castores, pero también están los huachis, que son trampas hechas con un alambre que atrapan a la presa cuando meten la cabeza por el orificio. Una especie de horca, que no los mata de inmediato. Y allí ellos deben dispararles con ballesta o rifle para terminar con todo. Dejar un castor vivo en un huachi, atrapado más de un día, sería hacer su agonía más larga.

Cuando se van a revisar si esta vez hay castores atrapados, decido quedarme a ordenar un poco. Lavo la loza en el riachuelo. Me vuelvo a meter a la casa rodante y pongo la radio a cuerda.

Tocan rancheras y dan avisos para la comunidad. Una señora habla por la radio y le dice al padre de su hijo que ya está bueno, que vuelva o que le mande plata para el crío.

Afuera, de nuevo, el cielo está azul. Se ve el Estrecho de Magallanes de fondo y unas aves llamadas caiquenes que tienen las patas amarillas o blancas, según sean macho o hembra. Se aprende mucho con los biólogos, pienso. Me tomo un café con agua de riachuelo hervida y por la ventana los veo llegar con un bulto.

El castor

Lo atraparon. Derek viene con su pelo rubio suelto al viento y con una sonrisa tan amplia como el Estrecho. Giorgia comienza a medirlo y a anotar cosas en su libreta: 99 centímetros, es enorme. Sus manos realmente son diminutas, sus dedos perfectos, definidos, sus dientes amarillos.

Luego irán a faenarlo, abrirlo y estudiarlo. Por fin, después de días de espera.

Podrá a alguien parecerle extraño este tipo de vida para dos jóvenes. Pero hay que estar acá para entenderlos. Hay que haber subido un monte y ver ovejas muertas comidas por zorros. Hay que haber visto un castor nadando en el agua y escucharlo de noche tirándose un piquero. Hay que haber visto una castorera en todo su esplendor con las nubes encima del agua.

Hay que haber visto a estos biólogos cazar un castor y ver cómo la mañana se llenó de risa.*